

## *El Espíritu del Señor está sobre mí*

Todos estos domingos después de Epifanía se refieren a la autorevelación de Jesús. Es decir, Jesús se presenta declarando quién es y a qué viene al mundo. Este domingo, Jesús va a su pueblo, donde todo el mundo le conoce, y acude el sábado a la sinagoga, donde los judíos se reúnen todas las semanas para leer y explicar las Escrituras. Allí había acudido desde niño y siendo joven. Ahora ya adulto se presenta, después del bautismo en el Jordán, leyendo el libro de Isaías, que dice:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres... a proclamar el año de gracia del Señor”. Y de manera directa, Jesús, terminada la lectura, afirma: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (Lc 4,-18-21). Es decir, yo soy este Mesías anunciado.

Los acontecimientos anteriores se han desarrollado junto al río Jordán, cuando Jesús, al inicio de su vida pública, fue en busca de Juan Bautista para ser bautizado también él. Conocemos la escena del Bautismo, de la venida del Espíritu Santo sobre él y de la voz del Padre, que lo presenta al mundo como su Hijo amado. Y una vez que el Espíritu santo ha venido sobre él y lo ha envuelto en el amor del Padre, Jesús comienza su misión de anunciar el Evangelio a todos, especialmente a los pobres.

Jesús se presenta en Nazaret plenamente consciente de su identidad. Se siente el Hijo amado, se siente ungido por el Espíritu santo, inundado del amor del Padre. Se siente destinado a llevar la salvación a todos los hombres, especialmente a los que sufren, a los pobres, que el Evangelio identifica con los humildes, los que confían en Dios. No hay duda de que Jesucristo sabe quién es y a qué ha venido. Porque termina su lectura, comentando: “Hoy se ha cumplido esta Escritura” en mí. Yo soy el Mesías, el Ungido por el Espíritu. Yo soy el enviado para anunciar la salvación, el año de gracia del Señor.

Eso significa Cristo, ungido. Y eso significa cristiano, ungido como Cristo por el mismo Espíritu. El Espíritu ha capacitado el corazón de Cristo para amar hasta dar la vida, lo ha capacitado para la gloria, donde ha quedado repleto de la gloria de Dios. Y lo que el Espíritu ha hecho en Jesús, quiere hacerlo en nosotros, sus ungidos, sus cristianos.

La unción va unida a la misión. Es ungido para ser enviado. El cristiano no afronta sus tareas por iniciativa propia, como quien organiza una actividad que tiene en él su origen. El cristiano prolonga la misión de Cristo, que es la de anunciar el Evangelio del amor de Dios, rescatando el hombre de sus esclavitudes y llevándolo a la libertad de hijo de Dios. Las palabras del profeta se han cumplido en Cristo, el ungido, y se prolongan en los cristianos, los ungidos. Cristo y los cristianos están para llevar al mundo la gracia de Dios, la misericordia de Dios, la libertad que brota de esa gracia de Dios para todos.

La evangelización no es en primer lugar una actividad humana organizada. La evangelización ante todo es la acogida del Espíritu santo, que nos identifica con Cristo. El protagonista de la evangelización es el Espíritu santo, que nos va recordando las palabras y las acciones de Cristo y las “cumple” hoy entre nosotros. La tarea de la evangelización toma al evangelizador todo entero, no sólo una parte, y lo empapa del Espíritu santo. Y el fin de la evangelización no es principalmente mejorar las condiciones de vida material de los hombres, sino invitarlos a disfrutar de la libertad de los hijos de Dios, porque reciben el Espíritu que los hace libres. Libres del pecado,

libres del mundo, libres de Satanás, que los tenía esclavizados. Y por eso, constructores de un mundo nuevo también en el orden social.

En la escena del Evangelio de este domingo, Cristo establece su programa: recibir el Espíritu santo para llevar la libertad de hijos a todos los hombres. En esta preciosa tarea está implicada la Iglesia en la evangelización de ayer, de hoy y de siempre.

Recibid mi afecto y mi bendición:

+ Demetrio Fernández.